

Al final del corredor

Damian Jewel Olhouser



Image not found.

Capítulo 1

"... Sé que no lo enteras, tampoco busco que lo hagas. Solo sé que es lo correcto, no puedo dejarla allí, sola y desprotegida. Me necesita a su lado, y yo la necesito a ella..."

Sus ojos se alejaron de la carta y se posaron por solo un instante sobre la ventana semiabierta, que dejaba ver a lo lejos, el venir de una fuerte tormenta. Y aquel triste panorama, la alentó a seguir pensando en lo sucedido hace apenas tres semanas atrás. Cuando volvió sus ojos hacia la carta no pudo evitarlo y rompió en llantos. Una lágrima decoró la perfumada carta justo en el centro, bañando consigo las palabras "Prometí protegerla". Una innumerable cantidad de recuerdos asaltaban su cabeza una y otra vez y su mayor talento, se volvía su peor enemigo, azotándola rencorosamente.

Un alma encaminada pareció haberse compadecido de ella cuando, en un abrir y cerrar de ojos, las cortinas comenzaron a moverse con violencia en una de las ventanas entreabiertas. El chillido característico del viento entrando por la estrecha abertura manifestó una sensación de escalofríos en ella y la impresión de que no se encontraba sola en la casa.

El viento fue significativo. Las velas en el candelabro de la pared y la lámpara portátil ubicada sobre el escritorio temblaron incansablemente, amagando a una fría oscuridad. Sus hojas se encontraban por todas partes dentro de la habitación y el frasco de tinta, donde posaba su pluma de escribir, se había derramado sobre una pequeña parte de la carta. Secó rápidamente sus lágrimas y en constante desesperación, pero con buen pulso, juntó primero el frasco con sumo cuidado de no volcar más de la cuenta y acto seguido se dispuso a limpiar delicadamente, con la palma de su mano, el escrito.

Un segundo soplido aún más violento, que puso en evidencia el porvenir de la lluvia, venció la resistencia de las velas dejando la habitación a oscuras. Un frío le recorrió el cuerpo, como si alguien hubiera caminado al lado suyo y todas sus sensaciones se estimularon poniéndose a la defensiva. El miedo recorrió con mayor desesperación su cuerpo cuando se escuchó el caer de una de las pinturas colocada en la pared del fondo. Giró bruscamente, casi con lágrimas en los ojos por el susto, y pudo observar un cuadro arrojado en el piso, cuyo marco color dorado imprimía un par de ángeles perfectamente tallados a cada lado de la pintura y cuyo bosquejo ilustraba la felicidad de la familia en un retrato familiar. Otra lágrima brotó de sus ojos y cayó furtivamente en el piso al

darse cuenta que esta familia no volvería a estar junta nunca más.

Sus piernas agotadas por todas las emociones vividas en estas últimas semanas cedieron y sus rodillas emitieron un ruido en seco al golpearlas contra el piso de maderas. Las lágrimas ya no corrían por sus mejillas con miedo y los gritos de dolor retumbaban en la enorme casa. Ya no le temía a lo desconocido, se la veía tan segura de sus actos. Ella quería estar con su hija, cueste lo que le cueste. Afuera, la calma momentánea del viento creaba una atmósfera rara, y el sonido cada vez más claro de los truenos alertaban la aproximación de algo grande. La tormenta era inminente.

Con gran esfuerzo, luego de tomarse unos minutos para tranquilizarse, decidió levantarse del piso donde antes había caído para así arrimarse a cerrar la ventana que tantas desgracias había hecho. Ya no se preocupó en ese momento por secarse las lágrimas, arreglar su fino maquillaje, por todo el polvo gris que había levantado su vestido de percal color marrón oscuro o por tan solo prender una vela. La ventana se ubicada al otro lado de su escritorio y a metros de donde se encontraba antes arrodillada aclamando piedad por sus actos. Una vez incorporada emprendió viaje hacia la ventana para acabar de una vez por todas con este alocado viento.

Lo que sucedió en el camino le hizo perder la cordura. Sus sospechas de que no se encontraba sola en la casa se volvieron certezas gracias a una breve ojeada a su espejo colgado en la pared.

En un momento todo se volvió silencio y el tiempo parecía avanzar a pasos lentos. Su corazón parecía detenerse ante tal espectáculo. Desde donde se encontraba parada, el espejo reflejaba la puerta entreabierta de la habitación y el pasillo de la casa por detrás. Le volvió a recorrer un frío por su cuerpo al ver que su hija se encontraba espiándola desde el corredor. Llevaba, como su mamá, un vestido color miel rozando el piso, pero sus piecitos estaban descalzos. De sus orejas colgaban dos pendientes de gran valor, combinando con sus ojos de matiz café. Su estatura y sus características demostraban que solo era una niña de nueve años.

Pasaron unos segundos hasta que la niña entró en razón de que su madre la había visto. Su torpe velocidad se hizo presente y en un santiamén desapareció en la oscura vivienda, dejando escapar una risita pícaro que disminuía su intensidad a medida que sus piecitos, retumbando en la áspera madera, se alejaban.

Su madre giró bruscamente la cabeza hacia la puerta y llegó a divisar sus pies y parte del vestido que se agitó por el esfuerzo, confirmando que lo visto en el espejo no era solo una fantasía de su mente. Con decisión,

obligó a su frío cuerpo a moverse hacía el pasillo mientras simultáneamente escuchaba la risa de la pequeña alejándose.

Capítulo 2

Al llegar a la puerta, tomó fuerzas y levantó su delicada mano izquierda para abrir la puerta que solo dejaba ver una pequeña porción de lo que había detrás. El pasillo que daba al salón principal estaba en penumbras. Su cabeza entró con miedo al corredor, dejando todo su cuerpo en la habitación. Todas las habitaciones que había entre medio estaban cerradas, excepto la pieza de la niña, cuya puerta se encontraba totalmente abierta al final del corredor y, como a la joven madre nunca se le escapaba ningún detalle, recordaba haber cerrado esa puerta antes de dirigirse a su cuarto.

La suave voz de la niña se hizo notar en el medio de la noche, acompañada por un refucilo que alumbró momentáneamente el pasillo.

-Yo me escondo y tú me buscas... ¿juegas conmigo?

Su desesperación se encontraba en el mayor de los niveles. Sus ansias y los impulsos que la caracterizaban, en este caso no le ayudaba para nada. Con temor, se dirigió lentamente a la habitación de la niña. No entendía cómo podía tenerle miedo a la niña que alegró su vida. A cada paso observaba todo el paisaje oscuro y cada objeto que se iba incorporando a su alcance de vista. Desde un simple mueble donde reposaba una lámpara, hasta el cuadro más diminuto de la sala se sentían alagados ante la mirada detallista de la mujer.

La voz de la pequeña hizo eco nuevamente en sus oídos a la mitad del camino, seguido de su alegre risa:

-Estás cerca mami. Pero no me encontrarás...

Su sangre ya era de piedra y le costaba cada vez más encaminar su cuerpo a la habitación señalada. Por fin, decidió alumbrar apenas el corredor al tomar la lámpara que minutos antes reposaba en un pequeño mueble. Abrió con impotencia el cajón y buscó la caja de fósforos entre los papeles revueltos. Acto seguido prendió la vela de la lámpara portátil y siguió su viaje.

Su mirada seguía todo el escenario, jugando con sus ojos a encontrar algo más. Por solo un momento señaló con la lámpara la ventana que se encontraba por poco enfrente de la habitación de su adorable hija. La tormenta ya se asentaba sobre la casa y el show de luces y retumbos se registraba como nunca antes. Solo faltaba el caer de la tan necesaria lluvia. Luego su mirada se desvió a la sala principal, a metros de la pieza. Su total oscuridad daba lugar a que la imaginación le juegue una mala

pasada a la joven madre ya que daba la impresión de que en cualquier momento alguien se acercaría a ella y no tendría tiempo de reaccionar. Sus sentidos se agudizaron nuevamente y el principal actor era su audición que trataba de percibir algún sonido lejano proveniente de la sala.

Dejó por un momento de lado su fascinación por la sombría sala, recordó el hecho por el cual estaba en ese pasillo y se detuvo frente a la habitación de la hija. La joven encontró más de lo mismo. Una habitación invadida por la oscuridad que se iluminaba en breves momentos por la luz de los refucilos. Sus pies ya no podían seguir. El frío se plantaba en la habitación, recordando hechos pasados, y demostrando que allí había un alma que no descansaba en paz.

-¿Ya no quieres jugar mami? Estás muy cerca.

Su lámpara rodó por el piso al escuchar la voz de la niña tan cerca suyo, como si se encontrara parada a su lado susurrándole al oído. El pánico de la chica la hizo correr hacia su habitación al sentir el roce de unos finos y delicados dedos sobre su brazo izquierdo. A pesar del miedo, su voz sonó segura mientras sus agitados pies se movían con desesperación por el pasillo.

-En un momento estaré contigo cariño.

Capítulo 3

Sus extremidades derraparon sobre el piso de madera al girar y entrar a su pieza. No se alegró para nada con lo que encontró allí: la ventana abierta seguía haciendo desastres. Su carta se encontraba a dos metros del escritorio donde fue escrita, las luces ya no existían y la tinta se había derramado de nuevo, pero esta vez sobre el pupitre de madera. Más allá, otro cuadro había perdido el equilibrio, los libros en la biblioteca estaban caídos chocando unos contra otros formando un efecto dominó, la alfombra se encontraba doblada como si alguien hubiese tropezado con ella y las puertas del ropero se encontraban abiertas de par en par.

El caer de las primeras gotas de agua alentó a la chica a un trote hacia la ventana para por fin cerrarla. Tomó fuerzas luego de ver tal paisaje fuera de casa y cerró la abertura bruscamente. Afuera pareciera que el cielo se venía abajo y que el diablo subía a tierra. Se acercaba algo grande.

Salió de la ventana luego de cerrar las cortinas, alejándose del paisaje para acercarse a la vela apagada y encenderla con el único objeto pequeño que no había volado por el viento. Abrió la caja de fósforos, tomó uno, frotó su cabeza sobre la parte rasposa del cartón y, luego de generar unas diminutas chispas, ardió la madera y la acercó a la vela, hasta que ésta prendiera fuego.

Su sensatez se perdió finalmente en la noche segundos después de encender la vela. Detrás de ella el feroz portazo la sorprendió y la voz de la niña parecía estar dentro de la habitación. Su voz ya no sonaba alegre y simpática, solo tenía una pizca de tristeza. La mujer la escuchó de espaldas a la puerta y una sensación de ternura y, a la vez pánico, la invadió.

-¿Ya no quieres jugar mami? Te extraño y quiero verte.

La chica giró bruscamente su cuerpo hacia la puerta, convencida de que si ella estuviese allí parada, la abrazaría y le diría que todo iba a estar bien. Pero encontró más de lo mismo: nada. Y sus lágrimas volvieron a caer por la tristeza de, tal vez, no volver a verla jamás, pero aún así, lo intentaría.

La misma seguridad que gozaba al escribir la carta hace unos minutos volvió a su cuerpo y su primer acto fue juntar el papel del piso. La leyó detalladamente y, con la poca tinta que le quedaba, agarró su

pluma y la terminó:

"...Una parte de mi corazón se fue con ella, la otra parte la tienes tú. Algún día completaremos este corazón... algún día.

Te amo

Annie Harrison"

Colocó la carta sobre la cama. Luego se dirigió al armario cuyas puertas aún estaban abiertas y de una esquina sacó las sábanas blancas de repuesto. Cuidadosamente las enrolló e hizo un perfecto nudo corredizo. Acercó la silla del escritorio y, ya parada en ella, se aventuró a tirar la punta extrema de la sábana, sin soltar la otra punta, por encima de los tirantes para enredarlos. Ató con fuerzas el arquetipo de soga y repitió con voz temblorosa:

-En un momento estaré contigo cariño.

Una lágrima más brotó de sus ojos. Su corazón estaba herido, y ya no sanaría en este mundo. Sus esperanzas ya no resistían más la culpa y, en un impulso, colocó el nudo deslizante en su cuello y lo ajustó tan fuerte que le costaba hasta tragar su propia saliva. Solo faltaba el pequeño salto a la nada para nunca más tocar el piso.

-¿Mami? Ya casi puedo verte.

La voz esperanzada de la niña dentro de la habitación alentó a Annie a dar el salto final. Pero fue el roce de las yemas de los dedos de la pequeña nena quien la empujó.

La silla crujió raspando la áspera madera y los gritos de la mujer se fundieron con un largo trueno. Su cuerpo realizó unos movimientos bruscos y sus manos se dirigieron a su cuello, tratando, inútilmente, de liberar la presión del nudo. La desesperación era lo único que entraba a su organismo y pronto Annie se volvió fría y sus manos cayeron rendidas. Su corazón se olvidó de latir y su alma salió despedida para encontrarse por fin con su hija.

-Me encontraste por fin. Abrázame, estoy muy sola.

Afuera, la tormenta había cesado y consigo se había llevado aún más problemas. Adentro, la voz de la pequeña sonó tranquila en la habitación y la inconfundible risa de la niña se oyó por última vez. La puerta se abrió lentamente y el frío recorrió momentáneamente el pasillo. Al final del corredor, se escuchó la puerta de la pieza de la nena cerrándose e invadiendo una oscura soledad en ella.

Damian Jewel Olhouser